

De un modo inevitable, mis recuerdos de Sergio Beser y de esta Universidad Autónoma de Barcelona se funden en una sola nostalgia. En un tiempo ya remoto, cuando esta Facultad vivía de prestado en Sant Cugat de Vallès, yo me incorporé a esta casa como un miembro de la segunda oleada de profesores, cuando los ingresos los determinaba un riguroso sistema de cooptación (que hoy resultaría tan políticamente incorrecto...). Había conocido a Sergio en la Editorial Planeta, justo cuando yo abandonaba un puesto de redactor en el Diccionario Larousse y él, recién llegado de Estados Unidos, entraba en aquella estrecha oficina de la calle de Calvet. Pero fue en aquella sede provisional de la Facultad, luego en los inicios de esta de ahora, muy pronto en nuestros domicilios barceloneses que estaban muy cercanos, cuando la amistad cuajó y ha perseverado, incluso más allá de largas temporadas sin vernos. Sergio no era hombre de mudanzas sino de certezas tácitas: lo sabíamos igual y fiel más de los allá de los silencios suyos o nuestros.

Decía que la figura de Sergio Beser y de aquella incipiente Facultad de Letras me resultan inseparables en la memoria. Yo debo mucho a aquella ilusionada experiencia donde la convivencia era estrecha y sin recelos, donde el magisterio no se expresaba con ritos tribales de reconocimiento, donde la docencia era más abierta y directa. Todo se acomodaba como un guante al perfil intelectual de Sergio Beser: a aquella voz suya matizada y persuasiva, que poquísimas veces se alzaba; a la cercanía afectuosa que siempre supo sus límites; a la exposición irónica que subrayaban su media sonrisa y el brillo travieso de los ojos, tras las gruesas gafas. Se ajustaba, sobre todo, a su manera de entender la literatura como experiencia vivida que debía ser transmitida como tal, mediante la lectura compartida, el hallazgo iluminador que nunca pretendía ser descubrimiento, el razonamiento que aborrecía la expresión escolástica y la jerga doctrinal. Sergio lo leía todo, pero había decidido habitar el siglo XIX cuando casi era tierra de nadie, salvo en la Universidad de Barcelona, quizá por la memoria colectiva de un tiempo histórico que fue tan importante en la construcción de la Cataluña moderna. Pero también en el siglo XIX residían las cosas que más le interesaban de la literatura: la legitimación romántica de la huella personal en lo literario, el poderoso afianzamiento del realismo como interpretación del mundo, el intercambio fluido e incitante de las ideas literarias y las utopías sociales. Por eso también gustaba de los aledaños cronológicos del XIX: la literatura de fin de siglo, que es su prolongación revestida de refutación, y la literatura de finales del XVIII, que fue

su matriz a menudo negada (lo sé porque, cuando preparábamos juntos nuestras oposiciones a plazas de titular, ambos disfrutamos preparando el tema sobre la lírica de Leandro Fernández de Moratín y nos confesamos nuestra atracción por el mejor escritor de su tiempo).

En una preciosa conferencia, pronunciada en esta casa el año 2001 y que hallo ahora en el libro *Verba Manent*, Beser acertó a recoger en un sintagma feliz su comunicación activa con el siglo antepasado: la tituló «Mi Clarín». La idea se la había dado el propio Alas, que fue autor de «Mi Renan» y que tuvo en el magín el propósito de escribir también otros dos trabajos sobre «Mi Castelar» y «Mi Zorrilla». Los estudiosos del XX recordaremos, y Sergio sin duda también, que Josep Pijoan fue autor de dos preciosas semblanzas, «El meu don Joan Maragall» y «Mi don Francisco Giner», ambas de 1927. Pijoan cifró en aquellas páginas sendas lealtades espirituales a sus maestros desaparecidos; Clarín y Sergio hablaban, sin embargo, de una manera general de enfocar el estudio de una personalidad intelectual: ese posesivo indica que la interpretación literaria se entiende no como un título de propiedad que se adquiere sino como una experiencia que se vive, tras haberla merecido. Y por eso nos habla en el texto del «proceso de formación de un lector de Clarín» desde que compró en el Mercat de Sant Antoni su primer libro de Alas, *El señor y lo demás, son cuentos*, hasta que se convirtió en un referente fundamental de los estudios clarinianos.

Lo cierto es que Sergio nunca escribió mucho: formaba parte de su sentido del pudor y también tenía que ver con su idea del estudio literario como algo en construcción permanente. Sabía lo que quería, sin embargo. Su trabajo «Los escritores de la Restauración y la crisis de fin de siglo», recogido ahora en las páginas de *Verba manent*, fue su contribución nonata a un homenaje a Yvan Lissorgues y también la base del ejercicio central del concurso a cátedras; es un trabajo espléndido del que quiero hacer mía y de ustedes una frase que figura en sus primeras páginas: «Resulta difícilmente imaginable un trabajo de historia literaria que no haya asumido la conciencia de cambio y de desarrollo». Tal era su concepto de una auténtica historia de la literatura. Y verán que no es la palabra de un diletante que no escribe, sino la reflexión de un estudioso que sabe lo que quiere, que prefiere seleccionar sus temas y que acertaba siempre cuando había elegido el objeto de su trabajo: lo advertirá quien lea su artículo sobre la «inversión ideológica» de Ramón Villamil en *Miau* y de Agustín Caballero en *Tormento*, o su inolvidable estudio sobre «Espacio y objetos en *La Regenta*».

Si una noción abstracta puede definir a una persona, la que correspondería a Sergio Beser sería la palabra densidad. Entiendo por densidad la solidez en una proporción justa que no excluye la inquietud por conocer más, aunque sin manifestaciones bulímicas; el saber que no necesita exhibirse y el reposo que es connatural a la experiencia bien asentada. Estas páginas de *Verba manent* son una lección permanente de esa densidad y, a la vez, son testimonio de que la lección ha sido bien entendida por sus discípulos: a quienes habéis preparado ese libro os digo que os honráis honrando a Sergio Beser.

José-Carlos Mainer

Universitat Autònoma de Barcelona, 1 de junio de 2010